

ELOGIO DEL INMIGRANTE

Víctor Hugo Acuña Ortega

A Mireille y Aline Lacaze

Tenía que tratarse de lo que se va a tratar. Podría haberlo llamado elogio del extranjero, pero, de seguro, se hubiera prestado a incompreensiones inmediatas, porque aquí se va a hablar de proximidades, a pesar de las lejanías. Podría haberse llamado elogio de la diferencia, pero tal vez hubiera alertado todas las defensas pues diferendos nos acechan por todas partes. Por eso se llamará elogio del inmigrante, del pasante que pasa y nos deja la nostalgia; del caminante que se queda y que en su vivir cambia la vida de los que habíamos llegado antes; del peregrino que en este lugar pasó para siempre de esta tierra y aquí dejó su polvo, disperso, pero sobre todo lavado, en este país de tanta lluvia.

Elogiamos al inmigrante porque con sus pies hace historia, porque en sus espaldas carga el pasado, que le pesa, pero no tanto como para no intentar erguirse en una vida nueva. Ellos conocen los poros de las fronteras y los desfiladeros de los tiempos. El inmigrante parte a alguna parte, pero él es siempre de otra parte. Los que se van tienen un terruño que dejan por alguna razón. Las propias pueden ser las más personales, pero detrás, o más bien delante de esa intimidad, están las grandes razones de la historia: las guerras, las pestes, los exterminios y las hambrunas. Se abandona el lugar de naci3n porque este ya no ofrece lo que se espera y se parte a la conquista. *Pero la propia tierra que nos fue inh3spita, apenas abandonada, se convierte en el paraíso perdido*, en el sitio imaginario donde

se depositan todas las fantasías, sobre todo las que nunca serán realizadas. Y se llega a una nueva tierra que es la que da cobijo momentáneo, se cree, y aunque alimiente nunca parece tan buena como de la que se alejó. Y aunque se conquiste, se adopte y se idealice, la tierra de adopción conserva para el migrante, hasta su muerte, un poco de madrastra. Pero los inmigrantes no son cenicientas, son como todos los demás seres humanos; su singularidad tal vez consista en vivir de una manera especial las soledades. A lo lejos los vemos reunirse y habitar determinadas geografías de nuestros campos y ciudades, pero aunque se tienen mutua compañía, se quedan solos de nosotros y del lugar que atrás dejaron. Todos perdemos la infancia, pero la de ellos murió de manera distinta porque se quedó en otra parte, y como ya no recuerdan donde yace enterrada, viven con la duda de que en algún lugar sigue viviendo.

Los inmigrantes quizás no solo no sean como los que aquí ya estábamos porque sus soledades sean distintas; quizás sean diferentes también porque conocen mejor que nosotros –aquellos que vivimos con la ilusión de ser sedentarios– el amplio abanico de la condición humana. Ellos saben que partieron porque quisieron y porque algunos congéneres los empujaron a tomar la decisión del éxodo. Ellos saben que donde llegaron encontraron, tanto generosidad como perversidad. Ellos saben que sus compañeros en la peregrinación eran no menos humanos en grandezas y pequeñeces. Los inmigrantes saben que ellos por ser víctimas en modo alguno son ángeles; que la situación de víctima es una celda de tránsito –por eso emigran– no una condena permanente; que los martirizados de ayer pueden ser los crueles de mañana. Ellos han aprendido que los sufrimientos de la partida, el júbilo de la llegada y el desafío perpetuo del nuevo arraigo, ni preparan ni inmunizan para los quehaceres del humanismo y de la filantropía.

Los inmigrantes viven día a día las asonancias, disonancias y consonancias de la experiencia humana. Sus mesas son híbridas. Sus deseos se parten y se reparten. Sus ojos se posan en otros pliegues. Sus manos, cuando acarician, con pudor se aferran y con desasociado se apartan. Siempre viven en fuga y siempre persiguen una morada. Pero aman y se enamoran y a veces sus descendientes son llamados mestizos o mulatos, objetos de rencores y apetitos ocultos. Quizás oscuramente sepan que ellos son la residencia misma de la humanidad. Estas montañas, aquel mar, esta forma de vivir con Dios, esta manera de nombrar las cosas, *este simple estar aquí, nos ciegan frente a la condición propia de lo humano: la diversidad. Y el inmigrante viene a recordárnoslo. Con sus pies camina la historia de la*

humanidad entera. Y nosotros los miramos llegar y decimos que no se nos parecen, que marchan de un modo diferente, que nada saben de lo que nosotros sabemos desde siempre, que, en fin, no son como nosotros. Y como los niños los observamos huraños y los miramos curiosos; los tenemos a distancia y los contemplamos a hurtadillas. Y entre sospecha e intriga al fin descubrimos que son como nosotros, humanos. Sí tienen alma, concluirán solemnemente los letrados españoles, luego de guerras, exterminios y disputas teológicas, a propósito de los habitantes del Nuevo Mundo.

Pero los seres humanos somos irremediablemente pragmáticos, y antes de descubrirlos, ya adivinábamos su utilidad. Intercambios, matrimonios y esclavización son las primeras formas de relación entre sociedades que se perciben diferentes; la luna y el sol, la guerra y la paz marcan el ciclo de sus estaciones. Sexo y muerte, atracción y agresión, son los perennes vasos comunicantes entre mundos diferentes. Así, haciendo la guerra y haciendo el amor, descubrimos que pertenecemos a una sola y única humanidad. *Los que llegaron como "el otro", nos hicieron descubrir que éramos nosotros. Los migrantes son la humanidad misma porque ella nunca ha dejado de migrar,* de Africa hasta América, cuando terminaba de hacerse humana, en el último centenar de millares de años; de Europa a América y de un lado para otro, cuando la cristiandad decidió convertir infieles, en este último milenio. Los seres humanos somos animales andariegos, emisarios incansables de nuestra radical diferencia y de nuestra esencial unidad. Los inmigrantes son el documento viviente de nuestra condición, sin pedirlo ni deseárselo, *porque allí por donde pasan andan recordando, en silencio, con su sola presencia, que la humanidad son humanidades.*

Los inmigrantes son la vida y son la muerte: unas veces, espectros temblorosos, sombras sigilosas en la noche, pasos furtivos en el alba, manos implorantes, ojos alucinados ante estatuas de la libertad, hacedores de las Américas, en fin, naufragos del último apocalipsis agarrados a la vida; otras veces, de súbito se alzan en el horizonte, ominosas antorchas, estruendos y pendones, chirimías y atabales, carruajes y armaduras, guerreros despiadados, persas, bárbaros, normandos, sarracenos y otomanos, daríos, alejandros, atilas, gengiskanes y saladinos; aztecas, chichimecas y caribes, barbudos a caballo y tonsurados a pie, alvarados y pizarros, *demoledores de templos y de estatuas,* incineradores de códices y libros sagrados, degolladores de príncipes, raptos de doncellas, conquistadores, en suma.

Pero tras toda la sangre derramada, *el romano se forma en la escuela de su esclavo griego, el galo se romaniza, el bárbaro se*

cristianiza, el español aprende a comer maíz, a tomar chocolate y a fumar tabaco. Así, luego del encuentro, terrible matrimonio de los cielos y los infiernos, reaparece la común humanidad, aguijoneada por la necesidad, el hambre y el deseo carnal. Pero otras veces, excepcionales, entre algunos brota una sensibilidad inédita —el otro como fin, no como medio— nacida de la compasión hacia los vencidos, surgida tras llevar hasta las últimas consecuencias el descubrimiento de la humanidad compartida. Eso le sucedió, por ejemplo, a alguien que se llamaba Bartolomé de las Casas.

Los inmigrantes son el recuerdo de nuestro olvido. Vienen para recordar a los ya residentes que nosotros también alguna vez aquí arribamos, aunque ya lo hayamos olvidado y hagamos de esa anmesia nuestra gran ventaja sobre ellos. Desde el fondo de los tiempos siempre hubo alguien antes que nosotros, alguien a quien desplazamos, alguien que nos marginó, alguien con quien luchamos y alguien con quien al final nos confundimos. Ser inmigrante es un asunto de derechos de precedencia, de definiciones de quien llegó primero. La historia antigua de Centroamérica no es solo una historia de civilizaciones y culturas que ascienden y caen, sino también una historia de poblaciones que vienen y de poblaciones que van. Nuestra historia de los últimos quinientos años es solo distinta porque en esos ires y venires hay gentes de otros continentes. *Los inmigrantes nos vienen a recordar* a quienes somos sus adelantados, que todo arraigo es relativo, *que hoy somos de aquí y que ayer éramos de otra parte*, que del terruño, como de este mundo, también somos provisorios. Hubo alguna vez quizás alguien que fue el primero y el único en este territorio, el primero que espantó a las bestias, el primero que quebró una rama, luego aparecieron segundos, terceros y subsiguientes y todo cambió. No sabemos si lo exterminaron, no sabemos si somos sus descendientes, solo sabemos que siempre fue así y que aunque el riesgo sea la muerte, más vale sociedades que soledades.

Los inmigrantes son nuestro espejo, el muro donde se reflejan nuestras identidades, y cuando llegan alzamos la voz para decir más fuerte nosotros somos nosotros. Son nuestro espejo porque proyectan nuestros brillos imaginarios, pero lo son también porque alumbran nuestros demonios reales. *Nos fatigan porque nos someten a pruebas constantes*; aquellos que pretenden dominarnos, por esa mera razón; y esos que llegan desvalidos porque nos *piden demostración de tolerancia y comprensión*, de generosidad y compasión. Tanta demanda agota y al final decimos basta de pruebas, no son merecedores de nuestras virtudes. Pero, pronto, *un poco vergonzantes, nos copiamos los unos a los otros*, nos imitamos y nos mimetizamos, hasta que llega

un momento en que decimos que tenemos una identidad compartida, posiblemente en el mismo instante en que una nueva oleada de inmigrantes arriba. El ciclo recomienza y los penúltimos en llegar, que apenas empiezan a olvidar su odisea, se ponen como los demás, a mirar por encima del hombro a los recién venidos.

La historia del pasante, en suma, es la historia misma, presencia y recuerdo, derrota y esperanza, conflicto y comunión, arraigo y desarraigo, toda la humanidad y cada una de sus partes. El inmigrante transita en la historia, pero al final se funde en la memoria. Nace terrenal y carnal, pero luego se disuelve en el tiempo y se transfigura en mito. Uno de los *fundamentos de todo mito identitario es precisamente el de los orígenes*; somos, decimos, los descendientes de un semidiós, de un guerrero, poco importa si vencedor o vencido, somos los hijos de los fundadores que vinieron de allende montes, mares y desiertos, somos herederos de los que primero llegaron. *Curiosa la paradoja del origen de las identidades: somos de aquí porque vinimos de allá, fuimos los primeros, es decir en el principio éramos extranjeros. Por eso elogiamos al inmigrante* porque para enaltecerlo necesitamos de la historia, porque ella escruta a residentes y peregrinos más allá de los sortilegios de sus respectivas memorias. La humanidad que el radicado pretende expropiar al desterrado, es restituida a cada uno por la historia, ninguno es la humanidad con mayúsculas, apenas humanos, ambos demasiado humanos. Historia, memoria, identidades, sabemos que se frecuentan mucho, pero es preferible no olvidar que son distintas.

Memoria e historia, aunque vecinas, no habitan bajo el mismo techo, porque la memoria acomoda los recuerdos, mientras que la historia los desacomoda; porque la memoria solo reivindica la prueba de su continuidad y existencia, mientras que la historia nunca se fatiga de demandar pruebas suplementarias. La memoria es el pasado cristalizado, el pasado hecho monumento; la historia es tránsito, contingencia, aguas derramadas sin fin; aunque no es menos cierto que la historia reconoce que el pasado no es solo lo pretérito, sino también lo que no ha terminado de alejarse. La memoria es la identidad y la historia es la diferencia. Ciencia de lo particular, dijeron los maestros fundadores de los tiempos del romanticismo. Componer una historia es, ante todo, saber reconocer la diferencia. La razón de las diferencias es el misterio que perseguimos en cada historia que nos es dado contar. Diferencias a través del tiempo, diferencias a lo largo y a lo ancho del planeta, diferencias en el seno de los grupos humanos; diferencias para distinguir, diferencias para dominar, desarrollos específicos por todas partes, pero todos ellos resultado de

una historia. *Nuestra disciplina razona sobre las diferencias en el horizonte de la duración; es en el tiempo*, a lo largo del tiempo, que esto ha terminado resultando aquello. En nuestro tiempo reposan los vestigios de mundos que desaparecieron, y pensamos entonces que el tiempo es poderoso porque solo él permite que todo lo sólido se disuelva en el aire. Pero en verdad, el tiempo nada hace, todo se hace tan solo con nuestras manos. No fue el tiempo el que erigió esos imponentes monumentos que los antiguos construyeron en el viejo y en el nuevo mundo, tampoco fue el tiempo quien los destruyó; fueron otras manos con sus teas, sus hachas, sus catapultas y sus cañones; hoy erección, mañana pillaje, ese es el destino de pirámides y partenones.

Decimos razonar, pero por momentos a los historiadores nos prende el furor del delirio. Las diferencias están allí, pero de repente nos tienta sataná, él conoce nuestras debilidades y la suprema de todas, el orgullo, y ya no buscamos razones sino justificaciones de las diferencias. De la razón verdadera, legítima pero fugaz aspiración de nuestra disciplina, saltamos a la razón auténtica. Y de repente, sacrificamos las diferencias y sus razones en nombre de las identidades y sus sinrazones, y decimos que allá en lontananza, donde la vista se acaba, están los bárbaros. Ethnos dirán los griegos de quienes no compartían las grandezas y miserias de su razón. La memoria, el recuerdo hecho mito, se convierte en el origen, el recuerdo hecho teogonía. El tránsito y la permanencia dejan de ser titanes en lucha, puestos de rodillas por los dioses del comienzo. *En el principio éramos puros, auténticos, inmaculados, únicos, elegidos, en fin, de quien gobierna la luz y las tinieblas. En el principio éramos así y en el presente a las puertas, peor en nuestra propia casa, nos invade la impureza.* El historiador a veces queda atrapado en las redes de la historia edificante y dadora de lecciones. Todos alguna vez hemos creído encontrar la buena causa y los buenos discípulos. ¡Vana y peligrosa ilusión!

Por eso en 1931, Paul Valéry denunciaba nuestra disciplina como la justificadora de todo y de cualquier cosa, como el peor producto de la química del intelecto humano, como el opio de las naciones que las conducía a delirios de grandeza o de persecución y, eventualmente, a su perdición. Valéry era injusto con los historiadores, un poco, no totalmente, porque esos extravíos son pasajeros. Siempre entre nosotros hay guardianes que nos previenen contra las trampas de la memoria y las sirenas de la autenticidad. Permítanme citar a uno de ellos, el historiador británico Eric Hobsbawm:

“La deconstrucción de mitos políticos o sociales disfrazados de historia forma parte desde hace tiempo de las obligaciones profesionales del historiador, con independencia de sus simpatías.”

El inmigrante, quien sin desearlo despierta los fantasmas de las identidades, impone a la historia su obligación de crítica y distancia frente a la memoria. El inmigrante contribuye a liberarnos de nuestro pasado y la historia está obligada a mostrar las imposturas y supersticiones de quienes promueven la intolerancia en nombre de las identidades. El inmigrante no amenaza nuestras tradiciones porque cada generación en todas partes del mundo selecciona las tradiciones que hereda y solo conserva, no sin modificarlas, aquellas que corresponden a sus necesidades en el presente y a sus aspiraciones de futuro. *Los inmigrantes no vienen a contaminarnos, simplemente se asocian a esa labor que, de todos modos, nos corresponde, de reelaboración y de invención perpetua de nuestras identidades.* Tal vez su único pecado consista en ponernos en evidencia que lo que hacemos pasar por nuestra naturaleza es solo nuestra historia.

Los inmigrantes se fabrican nuevos nombres y apellidos y se asignan nuevos papeles en el gran teatro del mundo y en las pequeñas cortes milagrosas. *Los investidos de las identidades son recelosos de tales juegos de travestidos y miran al inmigrante con esa desazón que por momentos todos sentimos en un baile de máscaras.* Los historiadores, por nuestra cuenta, un poco desencantados, vemos el revestimiento, tanto en los travestidos como en los investidos. Todos los grupos humanos nos fabricamos nombres y apellidos, genealogías y filiaciones, no solo los recién llegados. *Es, precisamente, el reconocimiento del carácter cambiante, inventivo, intercambiable y perecedero de nuestras múltiples y situacionales identidades el que autoriza a fundar sobre bases racionales el deber de la tolerancia y el derecho a la diferencia.* Ernest Renan no era un cínico sino un hombre profundamente lúcido cuando en su famosa conferencia de 1882 afirmaba:

“El olvido, y hasta yo diría que el error histórico, son un factor esencial en la creación de una nación, de modo que el progreso de los estudios históricos es a menudo un peligro para la nacionalidad.”

La historia, en efecto, no está al servicio de las identidades, su función consiste en hacernos comprender racionalmente el pasado para liberarnos de su inercia, para que no nos aprisione más como lo intangible, como prohibición, como inhibición, como culpa y pecado, como “carcel de larga duración” como hubiera dicho Fernand

Braudel. Precisamente, *la historia es hermana del peregrino, porque siempre anda en búsqueda del movimiento, aún allí donde se peca- ta de retrasos, resistencias y fijaciones*. El país de la historia es el mismo del caminante, aquel de donde ha llegado el rumor de que mucha gente vive a gusto. La historia, como diría Walter Benjamin, sabe que detrás de cada gran progreso hay una gran barbarie, que hay muertos que yacen en el olvido, ocultos bajo el manto de nuestros supuestos éxitos. El historiador reconoce que pudo haber otros finales de juego, que los perdedores pudieron haber sido los otros y se esfuerza por entender la razón del específico desenlace, que no es lo mismo que absolver a los vencedores y condenar a los derrotados. No es función de la historia glorificar el presente, como si fuese el mejor de los mundos posibles. Al contrario, la historia arroja luz sobre nuestro lado oscuro, el de ayer y el de hoy.

Inauguramos una nueva etapa en los estudios de *la historia* en América Central y nos imponemos el deber de la historia, como *hija rebelde de la memoria*, como *madre severa del recuerdo*, como observadora escéptica de las escenificaciones identitarias. Iniciamos ese deber con un elogio del inmigrante porque su propia condición es una interperlación a nuestro quehacer, porque nos abre las puertas del futuro –no olvidemos que los prejuicios son siempre escombros del pasado– *porque nos incita a la búsqueda de lo incierto, porque nos recuerda que la historia no está para justificar nada, pero sí para intentar comprenderlo todo, incluido lo inhumano*, ese fondo oscuro de donde casi siempre nacen las biografías de todos los caminantes.

Quizás debiera terminar con unas palabras escritas por el antropólogo Claude Levi-Strauss hace ya casi medio siglo:

“La exclusiva fatalidad, la única tara que puede afligir a un grupo humano e impedirle realizar plenamente su naturaleza es estar solo.”

Toulouse-Barva, junio-agosto 1999.

(Conferencia pronunciada el 18 de agosto de 1999 en el acto de apertura del Doctorado Centroamericano en Historia de la Universidad de Costa Rica.